

limbo

Núm. 43, 2023, pp.

ISSN: 0210-1602

«*Escepticismo y fe animal: introducción a un sistema de filosofía*. Por George Santayana». Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1923.

JOHN DEWEY

The Middle Works of John Dewey, vol. 15 (1923-1924), pp. 220-223. Edited by Jo Ann Boydston. Carbondale and Edwardsville, Southern Illinois University Press, 1983. [John Dewey. *The New Republic* 35, n° 453 (1923), pp. 294-296].

A Santayana lo conocían los lectores profesionales y los legos como comentarista crítico de la vida, como un moralista en el verdadero sentido de la palabra. Su inteligencia y modo de expresión eran tan amigables y directos que algunos, tanto legos como profesionales, lo consideraban sin filosofía, sin una lógica continua, un productor de panorámicas, interesantes para quien tenga interés en ellas, pero sin cohesión ni fundamento lógico. Esa opinión es un homenaje al arte y a la consumada habilidad con que Santayana mantenía supeditada su lógica de largo recorrido a su forma de ver y expresar los hechos de la vida, de la vida buena y feliz. Hablando de esos críticos de mirada insípida, Josiah Royce comentó una vez que Santayana tenía una filosofía definida de la que jamás se apartaba: la completa y radical separación de existencia y esencia.

En este nuevo libro, el papel de la moral y la metafísica (el propio Santayana emplea este segundo término en un sentido diferente y despreciativo) se invierte. Su tema es la separación de la existencia y la esencia, la belleza de la esencia y la indignidad de la existencia. La esencia es doblemente bella: es el tema de la visión del poeta, to-

da alma que ve el mundo sencilla y candorosamente sin la sofisticación del dogma —que viene a ser lo mismo que sin la sofisticación de las ambiciones prácticas— es poética. En manos de Santayana, es también objeto de belleza para el filósofo porque, cuando la concibe correctamente, le permite convertirse en un completo y verdadero escéptico por lo que hace al conocimiento directo de la existencia a la vez que pone ante él una «certeza cognitiva» inamovible: el ser de las esencias, que son lo único digno de conocerse. Porque, como saben los lectores perspicaces de los escritos morales de Santayana, la existencia es para él intrínsecamente ridícula, pues la base física y el origen de los bienes ideales (y la esencia, por supuesto, es ideal) es cómicamente disímil a sus frutos ideales. Toda existencia es física o es materia, y puesto que la esencia es ideal y la existencia la genera de forma adventicia y la mantiene accidentalmente, la existencia no tiene sentido. ¿Y qué puede haber más cómico que una existencia sin sentido, sin propósito y mecánica, y que aun así es la sola autora y sostén de las únicas cosas que merecen la pena, las formas ideales que llenan la conciencia? Y así la moraleja —porque Santayana no puede dejar del todo de moralizar ni siquiera cuando es abiertamente dialéctico— es disfrutar de la contemplación de la esencia. Además, percibiendo y gozando el espectáculo de la total irrelevancia de la existencia para la esencia podemos escapar de la tragedia de la existencia. Porque la fuente de la tragedia es la expectativa: esperar que la existencia haga algo por nosotros, interesarnos como nos interesamos por los significados, por los bienes. Por consiguiente, el escepticismo completo respecto de la existencia nos salva de la expectativa, que es práctica, egoísta, la ilusión trágica del hombre que se toma seriamente los asuntos materiales en lugar de tomarse poéticamente las esencias. La simpatía de Santayana por el pensamiento griego es bien conocida de sus lectores. Este libro suyo revela —y creo que no seré el único sorprendido con la revelación— una afinidad con el brahmanismo indio: el carácter insignificante del entero mundo de la existencia.

Como Santayana es consciente de que hay puntos en su doctrina que se parecen peligrosamente a un tipo de filosofías que él sencillamente aborrece, uno de los capítulos más directamente iluminadores —y el discurso de Santayana es mucho menos directo que sus percepciones— advierte al lector contra malas interpretaciones de una doctrina a la que, como enseña la historia del pensamiento, la mente es propensa. Los platónicos son célebres por haber descubierto las esencias, pero no solo les confirieron existencia, sino una existencia privilegiada. Las esencias no son modelos ni causas, ni son intrínsecamente buenas. Cada cosa mala ejemplifica una esencia tan plenamente como las cosas que son excelentes. También el idealista concibe mal la esencia; está tan subyugado por su descubrimiento que sostiene que es la única existencia, de suerte que la materia no existe. La conclusión correcta, empero, es que la materia es lo único que *sí existe*, que opera, que es causal y eficiente. Nunca se la conoce inmediatamente, sino solo simbólicamente mediante las esencias que por su causa vegetan de modo fortuito en la mente.

Santayana no siente sino desdén por aquellos que niegan la existencia y omnipotencia de la materia. Cuanto más escépticos seamos sobre la existencia de algo dado, más seguridad práctica hay en cosas que no son dadas a la mente. Las esencias son solo poéticas, estéticas, objetos de contemplación inmediata. Pero además de la conciencia, que acoge y disfruta esas esencias, además de percepción e intuición, el hombre es primordialmente un cuerpo vivo luchando por abrirse camino en un mundo de otros cuerpos que carecen de todo interés en su éxito o fracaso. Haber sobrevivido siquiera en un mundo azaroso significa que el cuerpo animal ha adquirido algún grado de adaptación al medio material que determina su destino. En el reino de las esencias, la mente es puramente contemplativa y juega. Pero el cuerpo tiene que trabajar para vivir; tiene que enfrentar una circunstancia dura y ajustarse a ella. La estructura organizada del cuerpo, con la adaptación que ha logrado al entorno físico, lo que suelen llamarse instintos, nos revela esos acoplamientos al mundo de la existencia que las esencias pueden poseer. Tales adaptaciones instin-

tivas son el sentido común o, como las denomina Santayana, son fe animal. Y así como es mediante la poesía y la imaginación como vivimos en el mundo de la esencia, mediante la fe animal confirmamos que algunas de esas esencias son símbolos de cosas materiales, puesto que nos sirven para juzgar el entorno material, para procurarnos alimento y bebida, y para esquivar por un tiempo la enfermedad y la muerte. Las esencias son presentes e intemporales; pero la perpetuación del cuerpo depende de la memoria, la prudencia, la previsión, de preocuparse de lo que no está dado, de lo que cambia y está en el tiempo. Es esa preocupación por el tiempo, esa necesidad de estar preparados para tratar con cosas no dadas, con cosas no presentes a la sensación o la imaginación, lo que selecciona aquellas esencias que son significativas de algo que va más allá de ellas, lo que las hace ser trascendentes o ser cogniciones de cosas más allá de ellas mismas. Como en Spinoza, la esencia es mente, la existencia es materia.

Las esencias siempre son esencias, objetos propios de contemplación estética gratificantes y para el libre juego de la mente. Pero su conjunción inopinada con las necesidades del cuerpo animal confiere propósito práctico a algunas de ellas y hace posible la verdad y el error según se usen correcta o incorrectamente para significar algún objeto temido o esperado. La ciencia cambia el estilo de las esencias que se emplean, porque la ciencia ha de atender necesidades y condiciones más vastas, más públicas y remotas. Pero brota del mismo maridaje entre esencias y exigencias animales, y sus objetos solo difieren de las esencias de la mitología en que se someten más de cerca a los test de existencia que aplica una criatura viva en su determinación de seguir viviendo. «Los objetos exteriores interesan al hombre por lo que hacen, no por lo que son; y su conocimiento es importante, no por la esencia que expone a la intuición (por bella que pueda ser) sino por los acontecimientos que expresa o presagia. [...] Poco importa si su existencia misma está avalada solo por la presunción y la fe animal, con tal de que esa fe postule la existencia allí donde hay existencia y esa presunción exprese una preadaptación profética de los instintos animales a las fuerzas del entorno». La práctica de las

artes es la garantía más razonable que tenemos de que existen cosas allende la mente y la percepción.

Es imposible dar cumplida cuenta del nuevo libro de Santayana. Me he ceñido demasiado fiel y literalmente a los aspectos de él que pueden aclarar meramente su título. Si Santayana quería vengarse de quienes suponían que subordinar la dialéctica a la expresión le privaba de lógica, con esta obra lo consigue. Pues, en cuanto a ilación y sutileza en lo dialéctico, el libro es digno de F. H. Bradley, el maestro entre los dialécticos vivos, aunque venga envuelto en una filosofía radicalmente distinta. De hecho, está labrado tan en detalle y es tan continuo que hay que temer que quienes no hallaban coherencia sistemática en sus obras anteriores no la descubran aquí. Santayana promete una secuela; yo no criticaré nada de este libro más allá de decir que esa secuela hace muchísima falta. Descontar la intención práctica y la atareada vida del hombre en nombre de las esencias estéticas y su contemplación, y depender después de las necesidades, los actos y los padecimientos prácticos de los hombres para asegurarse de que algo existe y para hacer que las esencias sean aplicables a las cosas y expresen sus trayectorias, es empresa delicada. *A priori* uno diría que no se pueden hacer las dos cosas y que Santayana, habiendo concedido tanto a un pragmatismo naturalista, debe concederle más. Pero, tenga o no éxito, técnicamente la empresa es una de las más emocionantes que haya emprendido un filósofo contemporáneo. Y a quienes no se emocionen con la técnica de un *virtuoso*, la lectura de Santayana les recompensará como siempre con la feliz perspicacia y la ironía afable que encuentran expresión aquí y allá en cada página.

Traducción: Ángel Manuel Faerna y Andrés Tutor de Ureta

NOTAS

¹ Ese punto de partida sería, en última instancia, sus respectivas concepciones de la filosofía misma; sobre esto resulta muy esclarecedor el trabajo de Paul

Forster, «Animal Faith or Natural Knowledge? Why Dewey and Santayana Can't Agree About Philosophy», en M. C. Flamm y K. P. Skowroński (eds.), *Under Any Sky. Contemporary Readings of George Santayana*, Newcastle, Cambridge Scholars Publishing, 2007, pp. 45-61.

² *The Journal of Philosophy* 22 (1925), pp. 673-688.

³ *The Journal of Philosophy* 24 (1927), pp. 57-64.